

MARTINE DELVAUX

LOS
BOYS CLUB



POR QUÉ LOS HOMBRES SIGUEN
DOMINANDO EL MUNDO

PENÍNSULA

PRÓLOGO DE NOELIA RAMÍREZ

Los boys club

Por qué los hombres siguen dominando el mundo

Martine Delvaux

Prólogo de Noelia Ramírez

Traducción de Lara Cortés Fernández

Título original: *Le boys club*

© Martine Delvaux et Éditions du remue-ménage, 2019
Derechos cedidos por acuerdo con Julie Finidori Agency

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Primera edición: febrero de 2023

© de la traducción del inglés, Lara Cortés Fernández, 2023
© del prólogo, Noelia Ramírez Montes, 2023

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2023
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionспенinsula@planeta.es
www.edicionспенinsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Depósito legal: B. 1.419-2023
ISBN: 978-84-1100-135-9



Índice

Prólogo: Instrucciones para desactivar a los Señores S.A., de Noelia Ramírez	11
Introducción: ¿Libertad, igualdad, <i>boys club</i> ?	19
1. Esos hombres que hacen preguntas	31
2. Chicas en serie en los <i>boys club</i>	36
3. Figura, imágenes, montaje	41
4. Orígenes	47
5. Hombres juntos	57
6. Los fieles	63
7. Los <i>good old boys</i>	76
8. Donald	87
9. La joya de la corona en Palm Beach	99
10. Xanadú	103
11. Ciudades de ellos	113
12. Arquitectos del mundo	123
13. El reino de la belleza	135
14. Terroristas	145
15. Vestidos para ganar	154
16. Blancos	166
17. Gobierno	177
18. El ciudadano de a pie	187
19. Cazadores	197

20. <i>Boys will be boys</i>	214
21. Las ligas del LOL	223
22. El principio de la Pitufina	240
23. El efecto mariposa	251
Agradecimientos	261
Notas	263
Bibliografía	303

Esos hombres que hacen preguntas

Cierto día,¹ al final de un encuentro con el público, desde el extremo de la última fila, al fondo de la sala, se eleva una voz. Es la voz de un hombre que plantea una pregunta. No ha levantado la mano. No ha esperado a que se le diese la palabra. Sencillamente, ha empezado a hablar. Habla en un tono alto y claro, sin mirarme. No me mira a mí, que estoy delante de él y que soy la destinataria de su pregunta. Más bien habla mirando hacia mí, porque su mirada se posa justo a mi lado, en el vacío, en un punto en el que no hay nadie sentado.

Muestra una actitud indolente, medio recostado en su silla, como queriendo marcar distancia con respecto al resto del público. Pero, al mismo tiempo, su tono, sus palabras precipitadas, todo en él es apremiante. Con la espalda bien apoyada contra el respaldo y la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás, habla desde la posición de alguien que lo sabe todo y que ha venido hoy precisamente para hacer la pregunta letal: «Pero bueno, ¿quién hay detrás de esta dominación de las mujeres? ¿Quién, a ver, QUIÉN es responsable de esto?».

Un ligero escalofrío recorre a los asistentes. En mi mesa, con el micrófono en mano, me quedo muda. Lo miro y espero. En mi cabeza le doy vueltas y más vueltas a su pregun-

ta, tratando de dilucidar si es sincera o si se trata de una trampa, si es la manifestación —ingenua y humilde— de una falta de conocimiento, la expresión de un ataque o un gesto de desdén. Como si lo que en realidad quisiese preguntar es «¿quién hay detrás de esta supuesta dominación de las mujeres?»».

Rompo mi silencio para responder a su pregunta con otra pregunta: «Caballero, ¿está usted pidiéndome que le explique qué es el patriarcado?»». Suelto una ligera risa y, ante sus ojos, que, ahora sí, se clavan en mí y se deleitan en esta afrenta, añado: «¿Quiere usted que le haga un resumen de los miles de investigaciones que se han realizado, de los análisis estadísticos, de los ensayos, de los manifiestos? ¡No tengo nada que explicarle ni nada que demostrarle que no se haya expuesto ya infinidad de veces antes! Ni puedo ni quiero responder a su pregunta. ¡Lo mejor es que usted se informe!»».

Es así como respondo, lo cual implica que, aunque parezca que no ofrezco una respuesta, en el fondo sí que estoy respondiendo. Y es así como caigo en la trampa, no tanto de él, sino de una cultura que me ha enseñado a la perfección cuál es mi papel. Porque, a pesar de todo, no lo he mandado a freír espárragos, no he alzado la voz, no he mostrado cólera, no le he humillado ni tampoco he fingido no haberlo oído, como si no existiese. A lo sumo, he dejado entrever una cierta sorna, he arqueado las cejas al ofrecerle una respuesta con tono irritado. Pero, en realidad, no debería haberle respondido. Tendría que haberme negado rotundamente a responder. Tendría que haber evitado mirarle directamente, igual que él tampoco me miraba a mí. No dedicar tiempo a su pregunta. Ignorarla. Hacer con él lo mismo que se ha hecho con las mujeres desde siempre: borrarlo, invisibilizarlo, de manera que no cuente.

En este mundo no solo hay *mansplainers*,² hombres que nos explican la vida, que nos interrumpen antes de que hayamos terminado nuestra intervención, que acaban nuestras frases por nosotras, que fingen escucharnos o leer nuestros libros, pero que en realidad, en lugar de prestar atención a nuestras palabras, las reciben con una batería de prejuicios, seguros de que saben lo que vamos a decir antes incluso de que lo hagamos. No, no solo hay *mansplainers*. También hay interrogadores, hombres que plantean preguntas imposibles, cuestiones que constituyen, en realidad, caminos en falso, toques que nos desvían de nuestro destino. Igual que los policías de los interrogatorios del cine, hacen preguntas que son una exigencia de pruebas, una serie de piedrecitas que dibujan la ruta hacia un veredicto de culpabilidad. A los ojos de aquel hombre, ¿acaso no era yo, en calidad de feminista, culpable de querer romper la armonía del mundo que él conocía y que quería conservar? Era culpable de pedir igualdad, de reclamar justicia. Era culpable de transmitir una y otra vez la imagen incuestionable de cuerpos de mujeres violadas, maltratadas, asesinadas.

En el fondo, su pregunta era la siguiente: ¿a quién corresponde la dimensión odiosa (aunque... ¿de verdad es odiosa?) de la dominación masculina? ¿A quién se debe atribuir?

«El deseo de atribución es un deseo de apropiación —sostiene Jacques Derrida en *La verdad en pintura*—. En materia de arte como en cualquier otro dominio. Decir: esto [...] le corresponde a X [...] quiere decir: eso me vuelve por el desvío del “eso le corresponde a (un) yo”. No solamente le corresponde exclusivamente a tal o a cual [...], sino eso me corresponde con exclusividad, a través de un corto camino de desvío: la identificación.»³ A través de su

pregunta, aquel hombre sentado al fondo de la sala se estaba identificando con los «responsables de la dominación masculina», esos responsables anónimos, sin rostro, cuya existencia ponía en duda. De manera implícita, señalaba que la responsabilidad les corresponde a las mujeres, dando a entender que estas se someten por su propia voluntad. De ese modo, se identificaba con ellos, les prestaba su rostro.

Su pregunta era una especie de confesión: evidenciaba su influencia sobre el *statu quo*, el papel que desempeñaba en él y que quería seguir desempeñando junto con sus iguales, con sus hermanos, tan anónimos como él. Si no me había mirado mientras me hablaba, era porque su pregunta iba más allá de mí; en realidad, no buscaba respuesta porque no era una pregunta, sino una afirmación. En su soledad, desde el fondo de la sala, no tenía necesidad alguna de hablarme: simplemente se estaba dirigiendo a sus semejantes. No importaba que estos estuvieran presentes o ausentes, porque de lo que se trataba era de avanzar solo, pero con la fuerza de una colectividad que lo impulsaba por encima de todas las cosas: la compañía de los hombres. Me vuelven a la mente las palabras que Marguerite Duras dirigió a Jérôme Beaujour en los encuentros que dieron lugar a *La vida material*:

Si eres hombre, tu compañía privilegiada en la existencia, [...] es la del hombre. Recibes a las mujeres con esta predisposición. Es el otro hombre, el hombre número dos que está en ti, el que vive con tu mujer [...]. Pero el gran hombre que hay en ti, el hombre número uno, solo mantiene una relación decisiva con sus hermanos los hombres.⁴

Como escribió Simone de Beauvoir en las primeras páginas de *El segundo sexo*: «A un hombre no se le ocurriría

escribir un libro sobre la situación particular que ocupan los varones en la humanidad. [...] Un hombre nunca empieza considerándose un individuo dentro de un sexo determinado: se da por hecho que es un hombre».⁵ Y, unos decenios antes que ella, Virginia Woolf apuntó: «¿Tenéis idea de cuántos libros han escrito las mujeres en el curso de un año? ¿Tenéis idea de cuántos han escrito los hombres? ¿Sois conscientes de que las mujeres quizás seamos el animal más discutido del universo?».⁶ En *Una habitación propia*, la autora se pregunta por qué hay tantos libros sobre mujeres escritos por hombres, pero no a la inversa. ¿Por qué las mujeres son infinitamente más interesantes para los hombres que los hombres para las mujeres?

Profesores, maestros de escuela, sociólogos, clérigos, novelistas, ensayistas, periodistas, hombres sin más cualificación que la de no ser mujeres, salieron a la caza de mi sencilla pregunta —¿por qué son pobres las mujeres?— hasta que esta se convirtió en cincuenta preguntas.⁷

Constatamos la ausencia de las mujeres, reflexionamos sobre la manera en que se las ha borrado o dominado, humillado, sacrificado... pero ¿somos capaces de reflexionar sobre la omnipresencia masculina? ¿Sobre aquello que Virginia Woolf calificaba del «poder hipnótico de la dominación»⁸ y que podríamos definir como la situación de hecho de la camaradería entre los hombres? Un espacio de exclusión tan amplio, tan extendido, tan generalizado y tan habitual, en suma, que pasa desapercibido.